

# HERALDO DE ALCOY

NUM. 1.369

DIARIO DE AVISOS, NOTICIAS E INTERESES GENERALES

AÑO VII

## Obsequio á los suscriptores del HERALDO DE ALCOY

Tenemos el gusto de ofrecerles un precioso cuadro de gran tamaño, de 86 por 115 centímetros, al que acompaña un libro biográfico, que contiene los datos más culmenes de la historia de España, titulado

### Cuadro sinóptico de los Reyes y Jefes de Estado Español

Contiene los retratos de los Reyes y Jefes de Estado por orden cronológico, desde el primer rey god, hasta Alfonso XIII y D.ª María Cristina. Al pie de cada retrato la firma ó sello respectivo desde que los reyes empezaron á usar de algún signo biográfico en sus documentos.

Dicho cuadro histórico contiene 108 retratos de tamaño 7 cms. de alto por 6 de ancho y varios otros datos de gran interés.

De manera que el cuadro resulta una crónica viva de los soberanos españoles. Son los retratos más exactos y parecidos que se han publicado sacados por distinguidos artistas, de las monedas, medallas y de los cuadros existentes en los Museos del Estado.

Bastará fijarse en los de este siglo para buena garantía de los demás.

EL CUADRO SINÓPTICO tiene por orla y ornamento una porción de datos gráficos, curiosos é interesantes, como son: los 49 escudos de las provincias, los 10 escudos reales, el escudo nacional y el real, 12 coronas heráldicas, 14 cruces honoríficas y ocho indicaciones de los colores heráldicos.

Tales son los datos históricos que contiene, siendo un precioso y claro resumen de nuestra historia, un tratado de gran utilidad para consulta é instrucción, y muy digno para decorar cualquiera de las habitaciones de todas las familias, toda vez que dicha obra y libro tienen inconscientemente á retener en la memoria los datos históricos que contienen debido á lo agradable y distraído que le hacen los 108 retratos.

Las firmas son auténticas, sacadas de antiguos documentos, así como igualmente los escudos, coronas y las grandes cruces honoríficas.

El gran cuadro y libro, pueden adquirirlo nuestros lectores por el precio total de 2 pesetas con 50 céntimos.

A los señores suscriptores de fuera que tenga que mandarse por correo certificado, pesetas que deben mandar en libranza á esta Administración.

1902

Domingo 16 de Marzo

## ¡HORRIBLE!

(CUENTO)

Estaba anocheciendo. Las mujeres se habían quedado en el salón, y los hombres, sentados á la puerta del jardín y alrededor de una mesita con copas y vasos, departían amigablemente fumando ricos habanos.

Acababa de comentarse un lamentable accidente ocurrido el día anterior: tres mujeres y dos hombres se habían ahogado en el río, y la terrible escena fué presenciada por los que la comentaban.

—Verdaderamente—dijo el general G.—la escena fué emocionante, pero no horrible. La palabra horrible significa

«más que terrible». Un accidente como el del río, conmueve, trastorna, pero no entloquece. Para sentir horror se necesita algo más que la simple emoción producida por una desgracia como la que nos ocupa; es preciso algo espeluznante, algo anormal que haga sentir una sensación parecida al escalofrío. Un hombre muere, sea su agonía la que fuere, produce horror; un campo de batalla no tiene tampoco nada de horrible; hasta los crímenes más sensacionales no suelen ser generalmente horripilantes.

Lo que causa verdaderamente horror, porque es lo anormal, lo desconocido, lo inesperado, lo brutal, digámoslo así, es el siguiente hecho, el que fui yo testigo presencial.

Era durante la guerra del 70. Después de haber cruzado Ruen, emprendimos la retirada hacia Pont-Audemer.

El ejército se componía aproximadamente de 20.000 hombres; un ejército derrotado, desmoralizado, que aniquilado completamente, huía á la desbandada á hacerse en el Havre.

La tierra estaba cubierta de nieve. Era anochecido, y las tropas no habían probado bocado desde el amanecer; huían vertiginosamente de los prusianos, que iban picandoles la retaguardia.

La campiña normanda, de tonos cárdenos, sombreada por los árboles que rodeaban los cortijos, se extendía bajo un cielo negrozco y de aspecto siniestro.

La marcha de las fuerzas producía un ruido confuso, un repiqueteo de goipies secos, mezclado con el metálico de los cables, que se perdía en lo infinito.

Los soldados, encorvados, sucios, rendidos, cubiertos de andrajos, caminaban

con dificultad, hundiendo sus pies en la nieve, que caía copiosamente, y haciendo titánicos esfuerzos para no quedar rezagados.

Cerca de mí, un joven corneta se quitó los botines para ir descalzo, pues tenía los pies llenos de vejigas; la sangre que manaba de sus heridas marcaba sus pasos en la nieve. Anduvo poco; algunos momentos después, y presa de azorbo dolor, se sentó al borde del camino para descansar algunos minutos... Allí quedó para no levantarse más: hombre rezagado era hombre muerto. A todos ocurría lo mismo. Sentados en la nieve, creían poder continuar la marcha una vez repuestos de la fatiga... Infelices! la inmovilidad les producía un leve hormi-

guero; iba paralizándose la sangre poco á poco, é insensiblemente, víctimas de extraña somnolencia, cerraban los ojos, doblaban la cabeza sobre las rodillas, y á los pocos segundos sus cuerpos quedaban yertos y sus músculos duros como la madera y completamente rígidos.

Nosotros, mis robustos ó mis ágiles, helados hasta los tuétanos, avanzábamos siempre, como impulsados por una fuerza sobrenatural, en aquella terrible noche de nieve, cruzando la helada campiña, abatidos por la derrota, aplastados por la desesperación.

Entre el confuso tropel de soldados percibí á dos gendarmes que sujetaban á un hombre de singular aspecto. De pequeña estatura, viejo, sin pelo de barba, resultaba un tipo sospechoso. Sus aprehensores iban en busca de un oficial, creyendo habían cogido un espía.

Esta palabra circuló rápidamente entre los soldados, y bien pronto rodeaba al prisionero un inmenso grupo. Fusiladle! —gritó una voz,—y á ello se dispuso inmediatamente aquella turba furiosa, ávida de sangre.

Pensó decir algo, pero á pesar de ser entonces jefe de batallón, me contuve; reinaba entre las fuerzas tal indisciplina, que no respetaban las jefaturas y podía correr el riesgo de ser fusilado yo también.

Uno de los gendarmes vino hacia mí, y presentándose al supuesto espía, dijo: —Hace tres días que viene en nuestro seguimiento y pide á todo el mundo noticias referentes á la artillería.

Me decidí por fin á interrogarle y le pregunté: —¿Quién es usted? ¿Qué quiere? ¿Por qué sigue usted al ejército?

A mis preguntas contestó el prisionero con algunas palabras, pronunciadas en un «patois» ininteligible.

Verdaderamente aquel extraño personaje, de aire humilde, encogido de hombros, con los ojos bajos y un temblor convulsivo que agitaba todo su cuerpo,

despertaba vivas sospechas, y yo no tuve ya duda de que estaba en presencia de un espía.

Los soldados gritaban: —¡Matadle! ¡Que muera!

Me dirigí á los gendarmes, preguntándoles si me respondían del prisionero, y... no había aún acabado la pregunta, cuando éste, arrancado de manos de sus aprehensores, arrastrado por la turba soldadesca que se lo disputaba dando alaridos de furor, fué sacado del camino y amarrado ya medio muerto á un árbol.

Inmediatamente se le fusiló. Los soldados disparaban sobre él; cargaban sus armas y tiraban de nuevo con un encarnizamiento brutal. Disputábanse la vez para descerrajar un tiro sobre el cadáver, é iban desfilando uno á uno, disparando siempre su fusil sobre aquella masa informe cosida á balazos.

De repente se oyó un grito ensordecedor: —¡Los prusianos, los prusianos! —y seguidamente, el rumor inmenso que produce un ejército corriendo á la desbandada.

La falsa alarma fué producida por los disparos hechos sobre aquel vagabundo, y sus mismos verdugos, asustados al oír los gritos que anunciaban la supuesta proximidad del enemigo, se dieron á la fuga.

Yo me quedé solo con los dos gendarmes, á quienes el deber retenía á mi lado, y les ordené que desataran al desconocido.

No era ya sino una masa informe, una piltrafa, un amasijo de carne y ropa sanguinolenta.

—Regístradle—dije—dando á uno de ellos una caja de cerillas.

La orden fué inmediatamente cumplida. Mientras uno de los gendarmes alumbraba con un fósforo, el otro reconocía las ropas, que consistían en una blusa azul, camisa, pantalón y zapatos. En uno de los bolsillos se le encontró un cuchillo con mango de asta, un pañuelo, una

caja de rapé, un trozo de bramante y un pedazo de pan.

—He aquí todo lo que lleva encima—dijome el gendarme, presentándome los citados objetos.

—Desnúdadle—repliqué.—Veamos si se le encuentra algo más escondido entre la ropa y la carne.

Y para facilitar la operación, que resultaba dificultosa, yo mismo les alumbré con los fósforos.

A través de la incierta luz, contemplaba yo aquel deformado montón de carne humeante que iba quedando al descubierto, libre de vestiduras.

De pronto, uno de los gendarmes exclamó con voz indefinible: —Cuerpo de Dios! Mi comandante!... Es una mujer!

No puedo explicar lo que en aquel momento pasó por mí: terrible escalofrío recorrió todo mi cuerpo, y se apoderó de mí una sensación de indecible angustia.

Dudando todavía, me arrodillé sobre la nieve y examiné atentamente aquellos inanimados restos; era, en efecto, una mujer.

Los gendarmes, atónitos por el inesperado descubrimiento, esperaban mis órdenes.

Yo me encontraba perplejo, sin saber qué hacer, queriendo adivinar el secreto de aquel horrible drama, cuando oí á mis espaldas la voz del brigadier, que dijo pausadamente:

—No hay duda; esta pobre mujer venía en busca de un artillero, su hijo, del que hace tiempo no tenía noticias.

Sin darme cuenta me encontré con los ojos llenos de lágrimas. La presencia de aquella muerta, para todos desconocida, de aquel asesinato infame cometido en la nevada planicie, de noche y rodeados de circunstancias tan excepcionales, me hizo comprender de una vez para siempre el verdadero significado de la palabra «Horrible!»

GUY DE MAUPASSANT

— 188 —

cundo todas las pruebas materiales se vuelven contra mí. Ven, pues, á escucharme y á defenderme; pues ya presumirás que después de la prueba que he sufrido, más que la vida, me preocupa mi honor, y lo pongo en tus manos.

Rodolfo.»

— 185 —

acaso la influencia de la atmósfera, preferí respirar el fresco ambiente de la noche.

—Debo manifestar á V. que este paseo nocturno parece sospechoso á la justicia. Al regresar, ¿tenía V. el vestido mojado y cubierto de lodo?

—Salí de la población, y recibí una fuerte lluvia.

—Tenía usted algunas manchas de sangre en la camisa.

—Provenía de un rasguño en la mano al cobijarme debajo de unas breñas.

—¿En qué parte están?

En el molino de la Abadía, camino de...

—Y ¿fué V. allá en noche tan borrascosa?

—Tenía necesidad de andar para distraerme, y la tormenta me inquietaba muy poco.

—¿Negará V. que acaba de cometer un crimen, y que intentaba solo librarse de sus remordimientos por una agitación toda exterior?

—Cometer un crimen!... ¡yo!... ¿Podría V. sospecharlo?

—Es una sospecha que todo lo confirma y desde ahora queda V. encerrado en estado de prevención y se le tendrá arrestado.

Al oír estas palabras, Rodolfo palideció, dobláronse sus rodillas, y quedó sin sentido. Al volver en sí, vióse solo en un reducido aposento abovedado, sin otros muebles que un pequeño lecho, una mesita y una silla. La única ventana, abierta cerca del techo, tenía gruesos barrotes de hierro: en la puerta, sólidamente cerrada, una rejilla le permitía ver un centinela paseándose por un vasto corredor. No le cabía duda: estaba preso é incomunicado, y lo que era peor, acusado de haber muerto á su mejor amigo!

Pocas horas después, Rodolfo compareció á otro interro-







En Barcelona calle Diputación 435, entresuelo 2.º, todos los días, a las 12



